



# Frente a la desigualdad, el rescate del desarrollo

*(Segunda y última parte)*

(Intervención en el XX Congreso Nacional de Economistas, 26/09/14)

*Octubre 05 de 2014*

---

Tomar conciencia, como decimos, significa muchas cosas. Pero, para traducirse en compromiso social tiene que derivar en una reconfiguración del Estado que, para ser nacional, tiene que ser también Estado social. Sólo así se puede aspirar a que además sea un Estado democrático constitucional.

3. En esta tesitura, el Estado necesario para esta etapa de nuestra evolución histórica tendrá que combinar un triángulo de adjetivos: social, democrático, de derecho. Lo que está sobre la mesa de las decisiones políticas fundamentales, es el diseño de una combinación efectiva entre la acumulación de capital y la redistribución social. La primera, de entrada, supone la modulación del consumo, en un momento en el que lo que resalta es un enorme inventario de carencias cuya satisfacción se pospone sin fecha de término y ha dado lugar a una “indisposición” colectiva a imaginar y construir un trayecto de futuro sostenido en la inversión productiva. Éste es el dilema político mayor emanado de una desigualdad compleja y multivariada que abrumba cualquier agenda de política económica y social que quiera inscribirse en un proyecto de rehabilitación estatal en clave democrática.

La desigualdad, la pobreza de masas y la concentración del privilegio se dan cita en una sociedad eminentemente plebeya cuyo gobierno y conducción dice querer hacerse por vías plurales y representativas. En esta perspectiva, hay que admitir que la desigualdad, la pobreza y la concentración son vectores insoslayables de la composición del poder constituido democráticamente, así como de la configuración de los poderes de hecho que han emergido con el cambio económico y político de los últimos lustros.



Esta combinación de privilegio, inequidad y vulnerabilidad social, con la emergencia de poderes no constitucionales, que sin incurrir en la ilegalidad criminal sí se conducen como fuerzas que pretenden modular al conjunto de la vida pública y del Estado, se alimenta de, y alimenta la “cultura de la satisfacción” de que nos hablara J.K. Galbraith, que se concentra en las minorías pero se difunde por todo el cuerpo social. Esta “in cultura”, siempre acompañada de la mala educación, se ha enraizado en estas décadas de cambio social desbocado, cambio económico segmentado y cuasi dictadura estabilizadora. La conversación entre acumulación y distribución que debería propiciar la democracia tiene en esta cultura su mayor obstáculo.

Un Estado como el que el país requiere para sortear las tormentas globales y encauzar las pugnas distributivas, tendrá que forjarse al calor de una dialéctica turbulenta entre la lucha por el poder y la lucha por la redistribución social. Todavía es posible imaginar un cauce productivo para dicha conversación, pero sólo con un discurso que dé sentido histórico global, para la economía política mexicana en su conjunto, a un proyecto de desarrollo orientado a recuperar el crecimiento rápido de la economía, para dar materialidad y credibilidad a propósitos de globalización nacional con equidad y construcción de ciudadanía. De aquí emanan algunos de los desafíos que la desigualdad le plantea al desarrollo; veamos algunos:

- a) No puede haber poderío exportador sin un mercado interno robusto. Y no hay mercado interno amplio y dinámico sin cambios en la estructura distributiva y sin un crecimiento alto y sostenido del producto y el empleo. Con el crecimiento se abate la pobreza y puede aminorarse el peso de la desigualdad, pero ésta persiste y aqueja a pobres y no pobres, mientras las distancias entre los pobres y ¡entre los ricos! pueden verse aumentadas en ausencia de políticas destinadas a fortalecer y aumentar sus capacidades para defender su ingreso, ejercer su libertad y fortalecer sus destrezas y visiones para actuar en el mundo del trabajo y de la política.
- b) La democracia resiente la desigualdad porque ésta pone en entredicho su discurso que es igualitario en forma y fondo. Al volverse “mal público” y combinarse con la pobreza de masas, la desigualdad propicia una doble escisión y alienación: de las masas respecto de los grupos dirigentes y de éstos respecto de la nación en su conjunto. Tiende a predominar en la conducta social la “salida” sobre la “voz”, recordando a Albert Hirschman, en tanto que “lealtad” se deteriora hasta desembocar en la anti política, la celebración cínica del crimen organizado y la emergencia de múltiples y superpuestas formas de puja distributiva que bloquean cualquier salida productiva que busque no ser de suma cero.



c) La desigualdad cercena y desafía frontalmente al mercado realmente existente. De aquí la necesidad de una reforma institucional que profundice, amplíe y diversifique la estructura productiva, fortalezca la competencia y contribuya a recrear los mecanismos estatales de mediación del conflicto social y de seguridad colectiva universal. Sin embargo, el primer paso obligado es la recuperación del ritmo de creación de empleos, lo que no ocurrirá si se imponen como tasas “históricas” las observadas en los últimos 30 años. La inversión es primero. Luego vendrán la consolidación institucional y la llamada democratización de la productividad. No al revés.

Para avanzar en una actualización institucional congruente con el nuevo “modelo” de economía abierta y de mercado, mediante el cual hemos tratado inscribirnos en la globalización, es fundamental desplegar políticas que dinamicen el mercado nacional a través de la inversión, el empleo y el salario digno. Será con el crecimiento en marcha cuando las instituciones “necesarias” se hagan visibles y pueda procederse pragmáticamente a su instalación. No antes.

d) Si en el pasado se habló de “fallas” del Estado que “obligaban” a su reforma (sobredimensión de su aparato productivo; rentismo y corrupción; eficiencia sometida a la dictadura del capricho político de corto plazo, etcétera), ahora tendríamos que poner en el centro de ese inventario de fallas a la incapacidad del Estado para generar visiones de futuro y de conjunto, así como para articular intereses encontrados y forjar una voluntad cooperativa y realmente mayoritaria, validable democráticamente, para recuperar el desarrollo como proyecto histórico. Sólo así, el Estado estará en condiciones de actuar por fuera y por encima del mercado para corregir sus fallas más aparentes y nocivas para el crecimiento y la equidad.

Sus propias fallas, hoy magnificadas por la obsesión con el Estado mínimo, habrán de enfrentarse y superarse recuperando la esencia deliberativa de la democracia, también otorgando a la participación social la centralidad mínima necesaria para que deje de ser testimonial. Las del mercado, convertidas en grietas profundas como resultado de la forma en que tuvo lugar la apertura y en general el cambio estructural de fin de siglo, no pueden ser superadas por el mercado mismo, por más abierto que se le imagine. Exigen políticas y acciones reguladoras de fondo, desde el mundo laboral al de las finanzas y la organización industrial, dejadas a su suerte con cargo a una ilusoria, en realidad corrosiva, “auto regulación”.



- e) El Estado no se ha mostrado sensible a las señales del mundo desigual. En la práctica se impone la visión de las elites más atrincheradas en la defensa del privilegio, y es por eso que la estabilidad financiera de la macroeconomía se vuelve dogma y verdad única. Es por esto también que en los hechos se entiende como tarea de Estado la contención del crecimiento en aras de una estabilidad estancadora y al final de cuentas desestabilizadora de la dinámica económica real. Sin superar esta grieta política y conceptual no pueden concebirse ni diseñarse las políticas de largo plazo que reclama la agenda del desarrollo.
  
- f) De aquí la pertinencia de un nuevo curso que emane del reconocimiento de la sociedad desigual que es México. Por esto es que, más allá de la economía, en donde hay que buscar la clave para superar las circunstancias presente, es en la matriz de valores que ha articulado y articula las prácticas de la política del poder y las creencias de la economía. Es ahí donde se reproduce la sociedad desigual, y la pobreza masiva se vuelve cultura.

Tan a largo plazo como se quiera y pueda, es en un cambio progresivo de algunos de los valores básicos que han producido esta sociedad y esta economía altamente insensibles a la desigualdad, donde podrá encontrarse el hilo para salir del laberinto marcado por la persistencia de la desigualdad. De aquí también la urgencia de poner en acto una nueva pedagogía nacional, republicana y comprometida a fondo con la equidad. De esta reforma, orientada a hacer del Estado un verdadero Estado social, pueden surgir nuevas formas de articulación y cohesión sociales, así como estímulos positivos para reformar las reformas hechas en la economía y la política.

- g) Al poner en el centro lo social, se reivindica el papel estratégico del mercado interno, del empleo y del crecimiento económico. Lo ético y lo político podrían darse la mano con lo económico, cuya transformación fue presentada como un sustituto eficiente de los valores públicos, de la concertación política y de los sentimientos morales de la sociedad. Hoy, a casi treinta años de que se iniciara el cambio estructural globalizador debería ser evidente la urgente necesidad de otro cambio, más que estructural intelectual y moral.

Los esfuerzos empeñados para superar la pobreza y la desigualdad deben ser centrales para la gobernabilidad, que se quiere democrática, y la sobrevivencia de los Estados nacionales. Por ello es que, a pesar de que a primera vista se trata de tópicos que suman esfuerzos, la experiencia y los datos indican que se trata de un acuerdo epidérmico que tiende a relegar y trivializar la política



social. Superar nuestro “estancamiento desigual”, supone adaptar nuevas visiones que determinen, productivamente, el contenido y el destino de nuestro desarrollo nacional. Apostar por articular nuestra evolución política en torno a la tríada virtuosa de desarrollo, democracia e igualdad nos debe llevar a que éstos sean no sólo un componente indisoluble y central de las políticas públicas, sino de una política de Estado que pueda demostrarse efectivamente democrática.

Nacionalizar la globalización y socializar la democracia, puede ser la fórmula para una agenda frente y contra la pobreza y la desigualdad. Tal debe ser el núcleo duro del compromiso nacional que el país reclama.